

Luchas por la emancipación: un relato de vida sobre los mitos de la Modernidad en mi proceso educativo

Korina Ivette Serrano Ramírez

Universidad Autónoma de Chihuahua
<https://orcid.org/0009-0004-3859-2504>
iveram26@gmail.com

RESUMEN El propósito de este ensayo es explicar cómo fue mi experiencia de adoptar y vivir con las ideas de la Modernidad; ideas que cambiaron mis conceptos de bienestar, ética y felicidad, así como en mis formas de pensar, convivir, educar y trabajar. Este texto, de tipo posmoderno, se basa en una narrativa a través de mi experiencia familiar y personal. Se citan algunos autores clave, cuyas reflexiones sobre la Modernidad, el neoliberalismo y la posmodernidad contribuyeron a enriquecer este relato personal. En este sentido, hago una reflexión sobre la permanente necesidad de un modelo cuyo principal enfoque no sea solo el progreso material. La posmodernidad parece ofrecer una alternativa hacia una sociedad más justa e igualitaria. No obstante, es importante señalar que aún enfrentamos problemas heredados de la Modernidad. Muchos de nosotros hemos sido formados bajo este enfoque, lo que parece estar generando conflictos y desigualdad. Además, esta nueva corriente, que busca replantear y cuestionar los valores de la Modernidad, también corre el riesgo de perder sus principios.

Palabras clave: educación, emancipación, Modernidad, relato de vida, trabajo.

ABSTRACT With the aim of explaining how it was to adopt and live with the ideas of modernism —ideas that changed our concepts of well-being, ethics, and happiness, as well as our ways of thinking, living together, educating, and working— this text, with a qualitative approach, is based on a personal narrative through my family's and my own experience. Some key authors are cited, whose reflections on modernity, neoliberalism, and postmodernity contribute to enriching this personal account. In this sense, a reflection is made on the ongoing need for a model whose primary focus is not only material progress. Postmodernism seems to offer an alternative toward a more just and egalitarian society. However, it is important to note that we still face problems inherited from modernism. Many of us have been formed under this approach, which seems to be generating conflicts and inequality. Furthermore, this new movement, which seeks to rethink and question the values of modernity, also runs the risk of losing its principles.

Keywords: Education, emancipation, modernity, life story, work

La escuela es la institución que promoverá la emancipación humana, de la razón y promotora de posibilidades de progreso, orden, libertad e igualdad.

Ángel Díaz Barriga

Introducción

Siempre pensé que la educación escolarizada era una forma en la que el ser humano sería un ser completo, respetable, útil y un medio importante para alcanzar la felicidad. Crecí en una sociedad que valoraba a quienes obtienen un título académico y menosprecia a aquellos que no. Si las personas no continuaban sus estudios, era porque no les importaba ser alguien en la vida, no querían o no le ponían ganas para cambiar su situación. Los juzgaba sin entender que su realidad era muy diferente a la mía.

Fue hasta que tuve contacto con la sociología en la maestría y posteriormente con la teoría crítica en este doctorado de pedagogía crítica, que pude entender que mi visión del mundo estaba limitada por un sistema que no solo excluye a quienes no se ajustan a sus ideales, sino que también les impide alcanzar sus metas.

Entonces pude formular respuestas para esas piezas del rompecabezas que no encajan por completo para la comprensión de los problemas sociales que enfrentamos. A través de la teoría crítica (1996), Max Horkheimer me enseñó que la ciencia, por sí sola, no puede ofrecer explicaciones ni resolver todos los problemas. Y que su uso ha sido un instrumento para someter al ser humano, reduciéndolo a un nivel solo funcional, limitando su capacidad crítica, cuyo valor se mide por sus

conocimientos y habilidades. Con Henry Giroux en su libro *Teoría y Resistencia en Educación* (1998), comprendí el papel de las instituciones educativas. Y que en su mayoría el sistema educativo está alineado con los intereses de los poderes dominantes. Pero subraya su importancia como espacios de “contestación y lucha” que busquen la liberación y el cambio social.

Con las lecturas que se abordaron en *Crítica y Posmodernidad*, descubrí que la dominación ya no es como en el pasado. Es decir, a través de la imposición ideológica mediante la tortura, esclavitud o el miedo a un Dios. Ahora, la dominación se ha vuelto más sutil e invasiva porque controla la mente, sin necesidad de violencia física. La tecnología, la educación y la idealización de una vida mejor a través del materialismo exagerado, nos han limitado como seres reflexivos. Según Bautista (2014), razonamos para encontrar respuestas lógicas y soluciones rápidas, pero hemos dejado de pensar de manera profunda, reflexiva y crítica. Como lo explica Harro (2000) en el ciclo de socialización, construimos nuestro conocimiento y deseos a partir de lo que otros nos dicen o nos imponen. Pero pocas veces pensamos profundamente de acuerdo a nuestro contexto y realidad.

Este escenario nos hacen preguntarnos: ¿Por qué, estamos viviendo esta situación?, ¿No somos acaso una civilización avanzada?, ¿Cuál es el papel de la tecnología y la educación?, herramientas que se pensaron como

instrumentos de liberación, ¿Dónde quedaron las promesas de igualdad, justicia y bienestar?, ¿Por qué seguimos siendo testigos de luchas ideológicas, religiosas, políticas y raciales?, ¿Qué no había quedado atrás todo eso con la Modernidad?

En este ensayo, que surgió a partir de una reflexión en conjunto con mi asesor sobre la Modernidad, una corriente cuyo enfoque no solo falló en cumplir sus promesas de emancipación y de una sociedad más justa e igualitaria, a través del progreso, la racionalidad y la universalidad, sino que, en muchos casos, ha profundizado los problemas sociales que intentaba resolver.

Los sueños que relegó la Modernidad

La historia de mi familia materna se forjó en un lugar llamado Santa Bárbara, el pueblo minero más antiguo del estado de Chihuahua. Este lugar está lleno de leyendas como el de la viejita que pedía aventón en la curva del panteón que está a las afueras del pueblo e historias como las que mi bisabuela le contaba a mi mamá sobre la época de la Revolución. En la que decía que las mujeres se ponían leche agria entre las piernas para que, con el olor, no fueran abusadas o que las escondían en hoyos que tapaban con ramas para protegerlas de los revolucionarios. También contaba del oro o dinero que los hacendados enterraban para que no les fuera robado. Santa Bárbara es un lugar que guarda bellos recuerdos de infancia y sueños truncados, que, a su vez, han dado vida a otras historias de éxito y esperanza.

Mi abuelo me contaba que siempre soñó con ser maestro. Recuerda con nostalgia, que en aquellos días su único objetivo era terminar la primaria y ser el mejor promedio para concursar para ingresar a la Normal de Salas. La competencia era dura, ya que solo había un puesto para los tres aspirantes de Santa Bárbara, que habían alcanzado el promedio necesario para tener esa oportunidad, aun así, decidió aplicar. Cuando él y los otros aspirantes de su mismo pueblo, se conocieron, reconoció que uno de ellos venía de una familia de más escasos recursos, por lo que, en un gesto de nobleza que siempre admiraré de mi abuelo y del otro aspirante, fue que decidieron cederle a su compañero la oportunidad que tanto deseaban.

Así fue como mi abuelo se vio obligado a comenzar a trabajar en la mina, un lugar que, en aquella época, era extremadamente duro. Por poco comenzó “abajo”, donde los accidentes, las inundaciones y derrumbes eran frecuentes, y aún no se reconocían las enfermedades provocadas por esta industria. Sin embargo, gracias a que había terminado la primaria y a su hermosa escritura, fue asignado a la tarea de escribir a mano los libros de contaduría y de nómina de todos los empleados. A pesar de las necesidades que imperaban en su familia, mi abuelo renunció a su sueño de ser maestro. Sin embargo, nunca perdió su pasión por aprender. Siempre se rodeó de libros, por si solo aprendió a dibujar, pintar al óleo, tocar el violín y tallar la

madera. Trataba de compaginar estas actividades con su trabajo, pero poco a poco se vio obligado a dejarlas debido al dolor crónico que le causaba su actividad laboral. A pesar del dolor que lo acompañó hasta el día de su muerte, lo consideraba bueno, porque siempre decía: “Gracias a Dios, tenía trabajo”.

Mi abuela fue una mujer que soñaba con convertirse en enfermera, que le gustaba mucho las matemáticas, pero aun así no pudo terminar la primaria. Con desilusión, solía contarme cómo sus padres decidieron sacarla de la escuela después de verla usar un short para jugar básquetbol. Así que, decidieron enviarla al rancho para ayudar en el rancho de la familia de su tío. Recuerda que se levantaba a las 4 am para alimentar a los animales, cocían el maíz, que molían el molcajete para preparar la masa de las tortillas y desayuno, ayudar a limpiar la casa, calentar el agua para el baño, lavar la ropa, etc.

Su trabajo era muy duro y vivió en el rancho hasta que se regresó a la casa para ayudar en las labores domésticas debido a que eran 13 de familia, se casó a los 18 años, pero esto no aminoró su carga, ya que debía ser ama de casa, cuidar a los hijos, realizar botellitas de azúcar, coronas y cruces que vendía para apoyar a mi abuelo. Mi madre me contaba que, cada vez que mi abuela se enteraba de que estaba embarazada, se le dibujaba una expresión de frustración en su rostro, consciente de lo que otro hijo más representaba para las dificultades económicas que la familia enfrentaba. A pesar

de todo, siempre amó y se preocupaba por cada uno de sus nueve hijos.

Mi abuela tampoco dejó de aprender y trabajar. Aprendió los conocimientos básicos de una enfermera y también aprendió a hacer pasteles para vender. Recuerdo que me dormía viéndola preparar la masa, y al día siguiente, al despertar, notaba cómo se le marcaban las ojeras por no haber dormido, tras pasar toda la noche horneando, embetunando los pasteles y haciendo rosas de azúcar para adornarlos. Eso sí, siempre se preocupaba por guardarles a sus nietos los cortes del pastel y mermelada para el desayuno. A sus 65 años, decidió culminar su sueño y obtuvo su diploma de auxiliar en enfermería. Sin embargo, su nuevo conocimiento no pudo aplicarlo mucho, ya que falleció poco tiempo después.

A pesar de esto, mis abuelos siempre motivaron a sus hijos para que estudiaran, porque para ellos la escuela significaba la única manera de transformar sus vidas, desafortunadamente solo dos de sus hijos mayores se vieron en la necesidad de trabajar desde muy jóvenes en la mina. Esta situación generaba conflictos internos y críticas de familiares que los culpaban por no tener una posición económica más holgada. Siempre me pregunté, ¿Qué derecho tenían estas personas de juzgar a mi familia u opinar sobre ellos? Era innegable que sus condiciones económicas e historias eran muy distintas. Mis abuelos renunciaron a sus sueños, pero siempre lucharon por obtener mejores

oportunidades para sus hijos, sino que también nos inculcaron hacer las cosas manteniendo nuestros valores y dignidad. Pero la lucha por las oportunidades no solo era cuestión de “ponerle ganas”, sino que hay otras situaciones o adversidades que se salían de sus manos, y que eran dictadas por un sistema que jamás ha visto por las clases trabajadoras y que ha creado una sociedad que mide el valor de las personas por los recursos materiales y culturales que posee.

La palabra modernización se asocia con la palabra desarrollo, es decir, se usan ambas palabras en el mismo sentido: para expresar la adaptación de las metas económicas y culturales de una región mundial subdesarrollada a una región más desarrollada del planeta en términos de productividad industrial. (Kurnitzky. H, 1994, párr. 4)

Algo que siempre llamó mi atención, es que en Santa Bárbara no es difícil encontrar una cantina en cada esquina, lo que ha llevado a que sea común ver a hombres alcoholizados caminando por la calle o bien en sus camionetas “dando la vuelta” con una cerveza en mano. Esta situación siempre se ha visto como una “tradición”, que se inculca desde que comienzan a trabajar y que ha afectado a nivel familiar y social, pero ahora me pregunto: ¿qué tanto han influido las condiciones económicas en este fenómeno? ¿Cómo contribuye el hecho de que la mina sea la principal fuente de empleo en este pueblo? La falta de más oportunidades laborales,

educativas o de ocio, ¿han perpetuado y normalizado esta situación, iniciándose incluso a una edad más temprana?

A pesar de todo, mi madre y algunos de mis tíos lograron salir del pueblo y acceder a una educación superior, lo que les abrió puertas a mejores oportunidades laborales y a un ingreso, aunque precario, que mejoró su calidad de vida. Así, se nos inculcó la idea de estudiar, de “trabajar para vivir”. A medida que fui creciendo, obtener un título profesional y acceder a un trabajo bien remunerado se convirtió en mi principal objetivo. Me esforzaba al máximo por conseguir las mejores calificaciones, con la idea que éstas me definían como una persona inteligente y capaz, que mejoraba mi probabilidad de acceder y estudiar donde quisiera.

Pero, recuerdo que la secundaria fue una competencia. Los grupos eran separados por promedios, y hasta los talleres parecían estar divididos de acuerdo con este esquema. La mayoría de mis compañeros con mejores calificaciones eran los únicos que podían acceder al taller de computación. En la entrega de exámenes, los maestros solían nombrar y felicitar a los que habían obtenido las mejores calificaciones, en un principio sentía vergüenza, después optaba por mostrar una actitud indiferente, aunque en el fondo sabía que mis calificaciones y las del resto de mis compañeros no estaban muy por debajo del nueve.

Modernidad: Educación y trabajo bajo la mira del neoliberalismo

Cuando ingresé a la carrera de ingeniería, mi expectativa era obtener un título profesional y un trabajo bien remunerado. Enfrenté dificultades para entender a los maestros y estudiar en los libros era complicado. Muchos docentes, eran rígidos y establecían una relación de poder, se valían de la burla o bien, de su autoridad para imponer su palabra, generando un ambiente de miedo que hacía aún más difícil este proceso. Sin embargo, a medida que avanzaba mi carrera, no me di cuenta del momento en que perdí el plan de estudiar para ser alguien en la vida. Pasé de ser una persona que aspiraba a "trabajar para vivir" a convertirme en alguien que "vivía para trabajar". Es decir, se nos inculcó la excelencia y la competencia, donde lo más importante era la empresa, la producción y el cumplimiento de indicadores. La parte humana quedó relegada.

Esta idea se recrudeció cuando tardé un año en obtener empleo; fue desesperanzador y frustrante enviar currículos sin recibir respuesta. Cuando finalmente llegó la oportunidad, acepté un trabajo como técnico sin importar las condiciones. No me importaba levantar cargas pesadas, aportar dinero para viajar o quedarme más tiempo sin pago extra, ya que lo veía como una forma de agradecimiento por haberme contratado. (¡Oh! sorpresa, años después me enteré que no obtuve el puesto por mis credenciales, sino porque mi jefe consideró que era la que vestía más recatada: la otra aspirante iba muy

suggerente y a él no le gustó. No sé si su percepción se basó por su religión o porque el trabajo significaba convivir con muchos hombres. Pero como haya sido, me sentí mal, porque mi capacidad en ese momento quedó reducida a cómo iba vestida.)

Esta situación me hizo preguntarme, ¿Qué carajos estaba pasando?, obtuve buen promedio en mi carrera, nunca reprobé materias, ¿Por qué no tenía las mismas oportunidades de crecimiento?, ¿Qué más me faltaba aprender?, y al ser un puesto técnico, apliqué muy poco de lo que me enseñaron durante la carrera, tuve que aprender durante mi proceso de trabajo. Pero, aun así, seguí estudiando y trabajando, con la idea de mejorar mi currículo. Además, en mi trabajo observaba situaciones en las que la falta de empatía y apoyo entre compañeros era evidente, frases como "si ustedes no lo quieren hacer, allá afuera hay mucha gente", o "mejor él/ella que yo", ¿pero es justo culparnos por adoptar estas posturas? Gilly (1988), explica que no todo es culpa de los trabajadores, si no que fuimos orillados a hacerlo por quienes en pro de la productividad "rompieron todas las defensas obreras", crearon el escenario perfecto en que usando la escases de empleo, pusieron a "competir a los trabajadores entre sí", disolvieron la solidaridad y las relaciones personales se volvieron impersonales y jerárquicas.

Posteriormente, decidí estudiar mi maestría, pero tampoco dejé de trabajar y viajar, porque

tenía miedo de perder mi trabajo, no quería volver a pasar por lo mismo. La maestría tiene una filosofía crítica acerca de la salud laboral, aquí fue donde comprendí como la salud de la clase trabajadora se pierde por las condiciones de trabajo, que los poderes se enriquecen a costa de ellos, pero que la dignificación del trabajo y el cuidado de los trabajadores, es el principal objetivo del master en salud en el trabajo, no el de los intereses de la empresa. Curiosamente, cuando le comenté a uno de mis maestros de licenciatura que iba a estudiar en este programa, no entendía mi inclinación al mismo y no que optará por un programa más científico, sin embargo, no era de mi interés encerrarme en un laboratorio, ni repetir ese trato jerárquico de la relación docente-estudiante. Mi interés era trabajar con las personas.

Terminé mi maestría y, tras ser despedida de mi trabajo, volví a buscar empleo. Sin embargo, la obtención de la maestría no significó, al menos para mí, una mejor oportunidad laboral. Recuerdo una entrevista en la que el ingeniero me cuestionó sobre mi falta de conocimiento de la normatividad laboral, pero el enfoque de mi maestría no era el de aprender una normatividad, ni hacer solo procesos administrativos para su cumplimiento, si no, era integrar todo lo aprendido para determinar el riesgo de daños a la salud de los trabajadores y trabajar en conjunto para minimizarlos. Pero al ingeniero, no le interesó el cuidado a los trabajadores;

para él, lo único relevante era cumplir con la parte legal para evitar sanciones, no perder el tiempo. Lo demás sobraba.

Este pensar del ingeniero, es el mismo que se repite en la mayoría de los profesionales de cualquier rama: ingeniería, salud, administrativas, educación, etc., por ejemplo, no es extraño ver como un supervisor o gerente presiona a los trabajadores a cumplir con la producción y para asegurarse de que cumplan con la meta, les da un sueldo precario, que compensa con bonos de producción. Tampoco es difícil encontrar un médico que objetiviza al paciente, lo ve solo como algo que porta una enfermedad, rara vez se cuestiona sobre el contexto de la persona, sólo prescribe el tratamiento.

Incluso cuando comencé a impartir clases en una escuela privada, reproduje la postura jerárquica de mis maestros durante mis estudios. Pero pensaba que mis credenciales y experiencia como estudiante y trabajadora me daban el derecho de exigirles, recriminarles y juzgar a mis alumnos por sus calificaciones. Olvidé, que yo también había pasado por ese proceso difícil. Sin embargo, la idea de la excelencia predominó, y sentía que era justo y necesario exigir a ellos la perfección, creyendo que de esa manera los ayudaba a ser mejores profesionistas.

No comprendía porque este pensar se replicaba en todos, hasta que entre a laborar en ámbito académico, donde está misma idea del dato duro, el pensamiento positivista, el

cumplimiento de indicadores también predominaba en las instituciones educativas. Lo anterior, está relacionado a las teorías neoliberales y sistema capitalista que se adoptó en México. Estas influyeron en distintas esferas sociales, económicas, políticas y culturales, y nos cegaron con una idea de lo que era ser un individuo moderno.

Sin embargo, a medida que fui conociendo más el sobre el ámbito educativo, me percaté de la influencia que el neoliberalismo ha tenido en este sector. Conceptos como calidad, mejora continua, eficiencia, eficacia y satisfacción del cliente, que solo había escuchado en mi carrera a través de asignaturas como control total de la calidad y, que se aplican principalmente en el contexto industrial. Ahora son usados de manera recurrente en el ámbito educativo. En esta nueva forma, el estudiante ha asumido el rol de “cliente satisfecho” con los servicios que ofrece la institución. Así pues, se introdujo la evaluación docente, se transformó la educación que prioriza el desarrollo de competencias y habilidades; cambió el enfoque, en el que el docente tenía el control a uno en el que este actúa como facilitador, y el estudiante se convierte en cliente o el producto, si lo vemos desde el contexto más estricto del neoliberalismo. Esta adopción de un enfoque utilitario que olvida la formación humana e integral del individuo, fue planteada por Adolfo Gilly (1988) “La reconversión universitaria sigue de cerca las huellas de la reconversión industrial, va

acompañada de una poderosa justificación objetiva: “La universidad que tenemos no sirve, no da los conocimientos hoy necesarios” (p.110).

Adaptándonos al nuevo enfoque ¿“liberador”?

Ahora, bajo el concepto de la posmodernidad, los espacios educativos deben ser flexibles y adaptarse a los intereses de los estudiantes, pero en algún momento esta idea de crear ambientes de aprendizaje más estimulantes para los estudiantes también se desvirtuó. He podido observar que el proceso de enseñanza-aprendizaje en ciertas instituciones ha sido desplazado o se simplificó al punto de dar prioridad a actividades que hacen sentir contentos a los clientes pero que poco contribuye al pensamiento crítico, obstaculizando la emancipación del hombre.

Situación que se complica porque se continúa trabajando bajo un sistema que prioriza, la memorización, la evaluación, la medición del pensamiento y las habilidades técnicas. Por lo tanto, la educación parece seguir “produciendo” mano de obra en lugar de formar individuos críticos. Pero, ya no recurre a la mano dura para imponer normas o controles; ahora lo hace de una manera más sutil, a través del sentimentalismo. Esto resulta aún peor, ya que, en lugar de despertar la rebeldía del ser humano, fomenta el individualismo y el conformismo, en lugar del pensamiento crítico y la reflexión. “Cuando se

seduce al ser humano, este se entrega solo” (Canal CEFTA QUAESTIO, 2023, 13m08s).

Además, la tecnología que en teoría debería facilitar la vida del ser humano, sigue enajenándolo no solo en el espacio laboral, sino también en el del esparcimiento. El internet, que en un principio tenía como objetivo llegar a todas las personas y crear espacios de acceso a la información, así como las redes sociales, que buscaban conectar y crear comunidades, se han transformado en espacios de crítica no constructiva.

En estos entornos digitales, ha predominado la cultura de la cancelación, superficialidad y la hostilidad, afectando la psique y el comportamiento de la sociedad. Es molesto y alarmante, leer opiniones que utilizan un discurso simple y utilitario. Opiniones, basadas en el discurso fácil que no son usadas para iniciar el diálogo constructivo, sino para recriminar y ridiculizar.

Asimismo, ha ganado terreno la idea de generar riqueza basada en el éxito masivo, en la impresión, la apariencia y en lo “likes”. Idea que se ha formulado a través del discurso banal y material, desconectando a las personas y al parecer, generando otros problemas cuyas consecuencias apenas estamos dilucidando, por ejemplo, en una entrevista realizada a un psicólogo este mencionó que, en las nuevas generaciones, especialmente en los jóvenes, los trastornos psicosociales se han incrementado. Este doctor, señala que las generaciones

posteriores al año 2000, son “las más emocionales en la historia de la humanidad”, y esto está vinculado a que los medios de información y las redes sociales, han hecho que las interacciones se vuelvan más emocionales. Ocasionando un incremento en los trastornos depresivos en hombres en un 150% y mujeres en 80-90% (Canal Julio Astillero, 2024, 16m22s).

Entiendo que el posmodernidad, en su objetivo más utópico, busca aclarar que la historia y las experiencias están construidas por diversos microrrelatos. Con ellos, busca visibilizar que todas las personas somos diferentes y producto del contexto específico que cada quien vivimos. Así, hemos visto cómo ahora se le da voz a quienes viven en desigualdad, se presta mayor atención a las comunidades indígenas, respeto a sus tradiciones y la medicina ancestral. Además, se ha buscado el desarrollo del ser pleno, un ser más conectado con su salud y su entorno.

Pero me temo que, al igual que la Modernidad, la posmodernidad corre el riesgo de desvirtuarse. Primero, nos ofrece una premisa sobre cómo debemos respetar las individualidades y adaptarnos a ellas, pero no proporciona pautas claras para lograrlo. Además, puede generar desigualdad, en parte gracias a la cultura de la cancelación. Asistí a una conferencia sobre el feminismo, una mujer mencionó que tenía una carrera, pero que dejó de ejercer cuando se casó, y con orgullo dijo que se sentía feliz siendo ama de casa y criando hijos. Sin embargo, el rostro del

resto de las asistentes reflejó desdén y desaprobación.

¿No se trata también el feminismo de que cada mujer se sienta plena y feliz?, ¿Qué ella elija lo que quiere hacer o hasta dónde quiere llegar?, bajo los conceptos de la posmodernidad ¿No deberíamos respetar esa particularidad? Y en el caso de las mujeres indígenas, a quienes buscamos visibilizar, ¿también van a recibir esa cancelación por seguir costumbres que implican estar en casa o hacerse cargo de sus hijos?

Si aplicamos este enfoque al ámbito educativo, surgen las preguntas: ¿cómo trabajar con las particularidades de cada estudiante cuando un docente tiene que atender a por lo menos 20-30 niños o jóvenes? ¿Cómo establecer esos vínculos que, en teoría, nos ayudan a entenderlos, si, fuera del nivel primaria, los docentes solo estamos en contacto con el estudiante pocas horas a la semana?

Ahora, como docente, también percibo cambios en el contexto social y educativo, sobre todo en los jóvenes. Los jóvenes, no se muestran empáticos o interesados en las problemáticas que no estén dentro de su esfera social-familiar. A pesar de que, se he intentado reducir esa relación jerárquica entre docente y estudiante para motivarlos al pensamiento crítico a través de la reflexión de lecturas, casos, videos, debates y diálogo. Están más interesados en la inmediatez y en formular respuestas vagas sin fundamento.

Ayer escuchaba un video sobre el pensamiento posmoderno, creado en el 2023 por el Centro de Estudios Filosóficos Tomás de Aquino (CEFTA) y publicado en el canal de YouTube CEFTA QUAESTIO, en el que maestro Edgar Ramírez Betancourt explicaba diferentes posturas acerca de este movimiento, me llamó la atención que ciertos filósofos, como Enrique Rojas que hace mención del “hombre light” en alusión a que ahora impera la falta de responsabilidad y compromiso en nuestros proyectos, los cuales son desechables y saltamos de unos a otros (Canal CEFTA QUAESTIO, 2023, 7m22s).

Asimismo, va de la mano con la idea Pascal Bruckner acerca del hombre infantil, que se caracteriza por la exigencia de la seguridad y proteccionismo exagerado, sin esfuerzo y sin dar algo, es decir, se tiene derecho a todo, sin que tenga que dar nada a cambio. Pero lo malo no lo merece y culpa a otros por eso (Canal CEFTA QUAESTIO, 2023, 10m08s). Gilles Lipovetsky considera que, en la posmodernidad, el ser humano tiende a guiarse por “el imperio del placer”, busca experiencias gratificantes y agradables. Es así que surgen modas que guían identidad de las personas, e influyen en nuestra forma de vestir, en la forma de pensar o de lo que creemos. Pero esta moda, hace tanto hincapié en la identidad que crea condiciones de contraste entre los individuos y que pueden entrar en conflicto (Canal CEFTA QUAESTIO, 2023, 11m52s).

Reflexiones finales

El enfoque posmoderno, nos invita a considerar que cada ser humano es definido por su contexto, el cual se construye también a partir de aspectos más generalizados de la sociedad, como las costumbres, creencias religiosas y políticas, estructuras sociales, etc. Sin duda, estamos viviendo tiempos de cambio. Si bien los metarrelatos están en crisis, aún aportan verdades importantes. En mi opinión, si el neoliberalismo provocó cambios políticos, sociales y culturales tan profundos, ciertos aspectos de los metarrelatos pueden ser usados como guías para alcanzar la emancipación del ser humano, siempre reconociendo las particularidades de cada de cada región o comunidad.

El problema es que parece que este enfoque posmoderno está empezando a desvirtuarse, igual que ocurrió con el pensamiento moderno, cuyos objetivos al principio parecían nobles. Además, no se debe olvidar algunos aspectos importantes:

- La posmodernidad no nos da pautas claras para alcanzar sus objetivos.
- Que seguimos luchando con los problemas sociales que produjo la Modernidad desvirtuado, como la inequidad y la segregación, lo que complica el proceso de transición.
- No deja de perpetuar la desigualdad, se olvida o relega a las personas que no pueden adaptarse a sus conceptos. Ignora que estas personas han crecido

en contextos diferentes y que no es fácil para ellas cambiar, lo que crea una contradicción en su discurso.

- Que este nuevo pensamiento está desarrollándose dentro de un sistema neoliberal y capitalista que, aunque lo critica, parece ignorar su capacidad de adaptarse y camuflarse.

Estamos en un escenario donde coexisten personas que han crecido en la modernidad y otras en la posmodernidad, lo que provoca un choque entre ambos pensamientos. Además, no debemos olvidar que ambos grupos viven bajo un modelo económico y político que aún tiene mucha influencia en la sociedad. Este modelo hará lo posible por alcanzar sus metas, intentando suavizar su imagen para adaptarse a las nuevas corrientes de pensamiento, pero sin dejar de ser salvaje y despiadado.

Referencias

Bautista, J. J. (2018). ¿Qué significa pensar “desde” América Latina?: hacia una racionalidad transmoderna y postoccidental. Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A.

Canal Julio Astillero. (10 de octubre 2024). En México 53% de empleados sienten estrés con respecto a su desempeño en el trabajo: psiquiatra. [Archivo de Vídeo]. Youtube. <https://youtu.be/fvFEg6giylw?si=o3CFcSBbixK eq5lq>

Canal CEFTA QUAESTIO. (13 de mayo 2023). Filosofía Posmoderna. [Archivo de Vídeo]. Youtube.

<https://youtu.be/LKx6cxSir5w?si=nTDz87FEujVIOJH3>

Gilly, A. (1988). Nuestra caída en la modernidad. Joan Baldó i Climent.

Giroux, H. A. (1998). Teoría y Resistencia en Educación. Siglo XXI Ediciones.

Harro, B. (2000). The cycle of socialization. En M. Adams, W. J. Blumenfeld, R. Castañeda, H. W. Hackman, M. L. Peters, & X. Zúñiga (Eds.), Readings for diversity and social justice (pp. 15-21). Routledge.

Horkheimer, M. (1996). Teoría crítica. Amorrortu Editores.

Kurnitzky, H. (18 de abril 2024). ¿Qué quiere decir modernidad?. La Jornada Semanal, 288.